

mfn 8277 23605-16  
23605

UNIVERSIDAD DE CUENCA

**Presencia de la Poesía Cuencana**

**16**

**Manuel María Palacios Bravo**

**Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León**

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

—:0:—

**1957**

## MANUEL MARIA PALACIOS BRAVO

El gran orgullo de ser Poeta... La gran angustia de ser Poeta... Porque el Poeta no es sino el infinito que nunca encuentra ambiente en lo transitorio, lo divino luchando con lo humano, la eternidad teniendo que soportar la miseria del tiempo, ya sea en la llama de la rebeldía o en la penumbra dolida de la resignación...

Manuel María Palacios Bravo es esto: el dolor de ser Poeta... Su misma imprecación al mar es signo de ello, tanto que al enfrentarse con la inmensidad sufriente halla en sí mismo mayor número de mares, es decir, mayor número de angustias infinitas... El vuelo hacia las regiones supremas de la belleza también le supo a tristeza profunda: mucha angustia significa volver con las alas despedazadas y sujetarse a la obscuridad de tierra como el ave que Baudelaire da como símbolo al creador de poesía...

Este Poeta nuestro, este inmenso Poeta nuestro, no es sino la angustia de pensar, la angustia de vivir,

la angustia de sentir... Por eso alguna vez su voz se pronuncia pidiendo a la misma Poesía alejamiento y distancia... Mas sigue en su bella tristeza creadora, porque al creador de eternidad en armonía le está dado cumplir su tragedia completa, ser llama de su propio incendio y obscuro abismo de su propio martirio...

Manuel María Palacios Bravo encuentra seres y cosas con presencia triste... Hacia las alturas y hacia sus alturas siempre la noche, la noche misteriosa de silencios hondos, la noche a la que se ama porque es retrato de la Muerte... Hacia los lagos y hacia sus lagos de poesía, un vuelo reflejado de aves nostálgicas en cuyas alas la neblina ha escrito palabras ateridas que dicen imposible... Sus contemplaciones de la naturaleza son siempre llenas de nostalgia, y apenas si la sonrisa se insinúa, pero también una sonrisa que aprendió a callar antiguas amarguras... Su misma íntima e intensa comprensión de Chabita, sintiendo la tristeza de una raza olvidada y miserable, es una especie de volcarse de la propia angustia en la angustia ajena: sólo quien sufrió puede entender el sufrimiento de los otros y aun el sufrimiento de las humildes cosas cuyos silencios hallan traducción tan sólo en la poesía...

Este Poeta construye lo infinito pero siente el gran dolor de lo transitorio... Su intento de dar fin y acabamiento al sueño del Gran Obispo Loco es otro poema, un poema lleno también de la inefable angustia de confundirse con el cielo...

La tristeza es el alma de la poesía de Manuel María Palacios Bravo... En ella palpita una sutil palpitación de elegía, no solamente de la que se siente y

piensa por la liberación de la Muerte, sino la esencial que alienta en la naturaleza: la vida, en suma, no es sino un irse muriendo de todo... La flor lleva ya en su misma seda besada de alas el destino del aroma, es decir, la disgregación de su tenue realidad... El hombre es un prólogo breve de desaparición... Y vamos llegando a la Muerte a cada instante, y soportamos el dolor de vivir porque sabemos bien que la vida es un camino seguro de desaparición...

Manuel María Palacios Bravo es una gran tristeza traducida en poesía perfecta, un mar de angustia transformado en un bello mar de armonía...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

CON EL MAR

¡Misero Mar! tus iras me dan pena y tristeza.  
¡Cómo ruges... y ruges, sin domar tu fiereza!  
¡Cómo hinchado te lanzas contra implacables rocas,  
y te rompes... y rompes, en embestidas locas!

Eres el cataclismo que empieza a cada instante,  
sin que jamás termine... Cataclismo incesante,  
de montañas que se hunden, de moles que se batan,  
de cumbres que se empinan y cumbres que se abaten.

¡Oh inmensidad de gotas! ¡Oh vanidad de espuma!  
Reprime los hervores de tu soberbia suma.  
Para romper tu cárcel de arena y de granito  
no te sirve de nada que seas infinito...

En vano te deshaces azotando peñones  
para ampliar tus dominios... Muere a tus ambiciones  
¡oh, desdichado hermano! Que no hay mayor ventura  
que el hacer de uno mismo su propia sepultura...

En aflicción humilde transforma tu fiereza,  
porque menos que la ira tortura la tristeza...  
Y si quieres que luego tu soberbia se ablande  
medita que sólo eres una lágrima grande...

En tu inmensidad se halla toda tu desventura.  
Son tus aguas amargas una inmensa amargura...  
Tu sollozo es rugido... La tragedia, tu ensueño...  
¡Menos misero fueras, si fueses más pequeño!

Yo he visto la laguna —modelo de inocencia—  
cómo duerme tranquila sus días de existencia.  
Tú siempre batallando, maldices el tormento  
de tu insomnio de siglos bajo del firmamento.

Desventurado amigo, tus enojos aquieta,  
y aprende mansedumbre de mi alma de poeta...  
Que si tú eres conjunto de gotas a millares,  
mi inmensidad se forma de millones de mares.

Sin embargo, me siento tan leve y pequeño,  
que no rujo ni bramo... ¡Sólo el verso es mi grito!  
El cristal de mis ondas ninguna barca azota,  
y hay en mis hondos piélagos la humildad de una gota...

Mar Bravo de Salinas, 1941.

## EL TORO

Conozco el toro corpulento y bravo  
en que un labriego cifra sus afanes,  
porque él alegra su vivir de esclavo  
y es la envidia de todos los gañanes.

Negro como la chota del bosque,  
sañudo y torvo, la testuz rugosa,  
tiene en la majestad de lo salvaje  
un vago encanto de bondad llorosa...

Mientras al sol caldéase el ambiente,  
en la llanura, laso y despectivo,  
camina lentamente  
como una mole de granito vivo.

Balanceando despacio  
la pesada cerviz, a su amo guía,  
mientras, tardo el compás, lanza al espacio  
mugidos de pasión y valentía...

En el seto, ensañando su fiereza,  
hunde los cuernos de bruñido acero,  
y enredada la zarza en la cabeza,  
torna al camino, más salvaje y fiero...

Cuando vecina grey su enojo inspira,  
furioso ruge, y de soberbia henchido,  
para añadir solemnidad a su ira,  
se arroja polvo sobre el dorso erguido...

Caldeada al rojo la pupila ardiente,  
raudo, como león que se derrumba,  
arrolla a su contrario en la pendiente,  
mientras el monte a su bramar retumba.

Humeantes las narices, en el cerro  
desgarra la cangagua,  
y se muestra potente como el hierro  
y también incansable como el agua.

Tras la faena, por la cima escueta  
sumiso sube en actitud tranquila,  
manchando con su lóbrega silueta  
el tul brillante de la tarde lila.

(De "Poema Rural").

Chabita, con estrofas empapadas  
en hiel de mi amargura;  
con versos tales que no sean versos  
sino gotas de sangre derramadas  
sobre la yerba de tu fosa oscura,  
quiero llorarte a mi dolor rendido,  
mientras duermes en la honda sepultura  
donde, hasta hoy, te cobija  
con su ala de tinieblas el olvido...

## CHABITA

(Fragmentos)

### PRELUDIO

Chabita, con estrofas empapadas  
en hiel de mi amargura;  
con versos tales que no sean versos  
sino gotas de sangre derramadas  
sobre la yerba de tu fosa oscura,  
quiero llorarte a mi dolor rendido,  
mientras duermes en la honda sepultura  
donde, hasta hoy, te cobija  
con su ala de tinieblas el olvido...

Chabita, en mi recuerdo aún persistes.  
Tú, el amor de esa muda cordillera,  
jel de los cantos locos!...  
jel de los silbos tristes!...  
Tú, el dueño de la flauta lastimera,  
de la bocina lúgubre y profunda,  
y la quipa guerrera...

Hasta hoy, mancebo de alma gemebunda,  
resuena de tu voz el blando arrullo;  
en el llano, en el soto, en la ladera,  
oigo tu rondador y tu pingullo...

Con caña cual la tuya he de llorarte,  
como lloran los rústicos aldeanos  
algún amor difunto  
cuando la luz declina.  
A la sombra rural de mis aleros,  
oprimiré mi corazón y al punto  
gemirá con tristeza campesina,  
como en tiempos lejanos  
vertía en los senderos,  
cuando tú la exprimias con las manos,  
plañidos de dolor tu concertina...

## PRIMERA PARTE

### I

Un induezuelo, de esos cuya vida  
a nadie importa porque nadie sabe  
que llevan dentro de la entraña herida  
un mundo de armonías, como el ave;

uno de esos callados indiezuelos  
que sienten en sus ansias de infinita  
pesadumbre, el reclamo de los cielos,  
fue el misero Chabita...

Nadie le vé cuando con él tropieza;  
apenas alguien con piedad repara  
que su frente está oscura de tristeza,  
pobre de sangre su morena cara.

Ante los blancos tiembla y se estremece  
cual tímido jilguero,  
mientras en sus pestañas aparece  
la pálida candela de un lucero.

Secos los labios, el cabello hinchado,  
como plumón de cuervo soñoliento,  
vacilante, lloroso y desgarrado,  
llegó, un día, a las puertas del Convento

Buscaba asilo donde en su alma enferma  
el odio nunca siembre sus espinas,  
mientras la muerte con piedad le aduerma  
entre sauces, silencio y golondrinas...

Solaz de todos, alma enamorada  
de la lágrima ajena,  
dió el buen cura acogida en su morada  
al mancebo, hijo triste de la pena.

—Callas, Chabita, y sé que espinas rudas  
te hieren, dijo al indio; a nadie asombre  
que te entienda: las flores, aunque mudas,  
con su aroma y color dicen su nombre...

Hálito de pesar en torno exhalas;  
ven a mí, pero temo, ¡ay!, hijo mío,  
que aquí, a la sombra de mis viejas alas,  
te hiele de mi noche el mismo frío...

### III

En el camino, cerca del Convento,  
cautiva del bejuco en las prisiones,  
besada de las brumas y del viento,  
se levanta la Cruz de las Misiones.

Suspensos de los brazos solitarios,  
con hebras del ramal, nidos ligeros  
se baten como tibios incensarios  
donde arden, ascuas de oro, los jilgueros.

Allá lleva el mancebo su tristeza,  
y gime como triste tugadora...

¡Ni se sabe qué pide, cuando reza!  
¡Ni se sabe a quién llora, cuando llora!...

—Señor, ya haz que esta urpilla se desbante  
tras la cerca a dormir su último sueño...  
heriste, cruel, con una piedra grande  
a un pájaro pequeño!

Así clamaba un día,  
flechando las miradas a la altura,  
mientras oculto entre la fronda umbria  
atisbaba su llanto el viejo Cura.

—Dolor de mi dolor, ven a mi lado;  
lloro contigo si llorar te escucho,  
y al ver que vas muriendo tan callado,  
tu pobre Cura sufre mucho, mucho!

—Ven, cuéntame despacio, pena a pena,  
la historia que aunque callas, ya sospecho:  
sé las zarzas que muerden en la arena,  
sé las zarzas que hieren en el pecho!...

### IV

—Perdida entre piñanes y zulzules,  
sin ver mi llanto, sin oír mi queja,  
estará tras los páramos azules,  
bañada en sol, mi cabañita vieja...

Yo no la olvido nunca, ¡no la olvido!,  
vivo como un perrillo a sus umbrales,  
y en mi alma su recuerdo está prendido  
como se prende el musgo en los huahuales.

Hasta hoy la veo al fondo de una peña...  
mi corazón, allí, de afán vacío,



caliente con el fuego de mi leña,  
jamás el alma me azotó este frío...

Cuánta dicha acabóse de repente...  
Mi madre iba a llorar en la quebrada,  
casi todos los días, tristemente;  
¡por llorar no comía nada, nada!...

Tendida sobre el tamo, ¡ay!, una tarde,  
antes que el sol tras de los montes ruede,  
aunque yo le rogaba que me aguarde,  
ingrata y cruel, se quedó muerta ¡adrede!

Mientras lloraba, a gritos, en su entierro,  
vino el señor de la vecina hacienda;  
dijo que el cerro no era ya mi cerro,  
que esa vivienda ¡no era mi vivienda!...

Que, una vez, sin conciencia mi difunta,  
dejó robar del monte, por olvido,  
de la boyada una robusta yunta,  
y, sin pagarle nada, se había ido...

Sali al fin de la choza, Señor Cura,  
¡sali al fin!, ¡ya este pecho no era pecho!...  
y al irme por mitad de la llanura,  
quedó el chaupau llorando sobre el techo...

Infeliz, no veré esas sementeras  
donde aprendía del gorrión los trinos;  
no haré gemir la flauta en mis laderas,  
¡ni he de silbar jamás en mis caminos!...

Ahora, así, de todo amor desnudo,  
morirme quiero en el pajal lejano,  
como se muere el zhirimpi viudo  
encogiendo las alas sobre el llano...

Hacia el panteón quiero correr al punto,  
arrimarme en la cruz, puestas las manos...  
enterrar luego el corazón difunto,  
y pedirle a mi madre sus gusanos...

Desgarrado al dolor que le traspasa,  
abatido a la pena el viejo Cura,  
cual sauce que su propia sombra abraza,  
estrecha ese jirón de noche oscura...

—Chabita, dice, junto a mí calienta  
la ruina sin verdor de tu alma trunca.  
Y él añade: —otra pena me atormenta,  
mas no podré contarla ¡nunca!, ¡nunca!...

.....  
.....

## SEGUNDA PARTE

### VI

—Señor, no puedo más con esta pena,  
clama en el templo el Párroco; no expiro  
porque mi pesadumbre me condena  
a no tener más alas que el suspiro...

Gimo por todos estos campesinos  
que viven en las breñas y el bosque,  
cual si fuesen inútiles espinos  
del humano linaje...

Lloro por ellos, hijos de amargura,  
a quienes el destino señalara  
para todo infortunio y desventura  
tiñendo en sombra la marchita cara...

Polluelos sin guarida ni defensa,  
en el invierno abandonado enjambre,  
viven tus hijos como en noche inmensa,  
forzados a morir de frío y de hambre...

Sólo escucha su llanto el firmamento,  
cubre su desnudez la niebla bruna,  
de la queja al clamor responde el viento,  
sólo espía sus lágrimas la luna...

Mira que nadie alivia sus dolores  
cuando aquí les desgarran las maldades  
de granjeros sin alma y de señores  
que enlutan estas mudas soledades.

Se les embargan las mezquinas mieses  
brotadas al sudor de su trabajo,  
y cuenta la inclemencia de los jueces  
las pocas matas que les da el cascojo...

La india con nadie su dolor comparte  
cuando lamenta al corderillo huraño,  
que tras del Alguacil gimiendo parte,  
mientras bala, sin fin, todo el rebaño...

Día tras día, hiérenme los gritos  
de sus penas; mañana tras mañana,  
se llegan junto a mí los pobrecitos  
y empapan con su llanto mi sotana...

Cobije al indio de tu amor el manto;  
recuerda que los campos son testigos  
de que amargaste al cielo con tu llanto  
por menguar el dolor de tus amigos...

.....  
.....

### X

¿Por qué, esta vez, oh tarde, con lamentos  
de pesadumbre insólita te esfumas?  
¡Son tus vientos más fríos que otros vientos!  
¡Son tus brumas más negras que otras brumas!

Los tibios arboles que lucían  
como llagas rosadas

del muriente crepúsculo, se enfrían,  
y dispersan en lúgubres bandadas.

Sobre un monte de nube otro más denso,  
es el combo infinito,  
como sepulcro inmenso  
de bloques de granito.

Entre linos que flotan pasajeros,  
surge la luna brilladora y fría  
como lápida blanca sin letreros  
puesta en la tumba del sepulto día...

Las cumbres de la sierra se emblanquecen  
simulando imposibles espejismos;  
de montaña a montaña, se ennegrecen,  
preñados de tinieblas, los abismos.

Dolor de muerte reina en el ambiente,  
es cada niebla fúnebre mortaja;  
es cada monte una cerviz doliente,  
cada arroyo una lágrima que baja...

Con roja lumbre, en los dormidos cerros,  
parpadean las puertas de las chozas;  
recorriendo el sembrado aullan los perros  
al graznar las lechuzas misteriosas...

Cual si brotase de broncea entraña,  
con alarido ronco y lastimero,  
solloza de repente la montaña...  
¡Es de Chabita el caracol guerrero!

Allí se están, del Turi en el repecho,  
ceñidos de machetes cortadores,  
a la mano el astil, coyunda al pecho,  
cien incautos y rudos sitiadores...

En la llanura la ciudad palpita  
de luces entre vívidos regueros,  
como diosa del Ande que dormita  
enredada en sartaes de luceros.

Cabe los riscos de musgosa piedra,  
cual buho al fondo de ahuecada encina,  
el valiente Chabita el campo arredra  
con el hondo clamor de la bocina.

Los ojos torna a la ciudad que duerme,  
siente arder en sus venas la venganza...  
—Allá está el amo que al mirarme inerme  
me arrebató mi choza y ¡mi esperanza!

Mañana, dice, lucharé de modo  
que hasta su vida rinda a mi albedrío;  
mas he de perdonarle todo, todo,  
si en cambio... ¡Pecho mi!... pecho mi!

.....  
.....

## XII

Mientras por el breñal los caracoles  
van gimiendo con fúnebre congoja,  
la tarde se deshace en arboles  
como una flor que al viento se deshoja.

Las tórtolas huyendo a la maleza,  
vuelan desde las sendas de guijarros;  
y ponderan al cielo su tristeza  
remedando la flauta en los chaparros...

Desde la honda garganta de los montes  
van brotando las sombras en tumulto, .....

y al tenderse en los frios horizontes  
dejan el campo en logreguez sepulto.

Reina el dolor... Parece que en su duelo  
se ha destrozado la menguante luna;  
tembladora mitad brilla en el cielo  
y la otra en el remanso y la laguna...

La muerte con sus rayos vibradores  
desde los cielos baja...  
Entre corolas de marchitas flores  
cadáveres de insectos amortaja...

¡Cuántos nidos habrá en los arbolados,  
a orillas de los rios,  
que, por primera vez, abandonados,  
pasarán esta noche frios, frios!...

¡Cuántos gorriones, al fugaz lamento  
del aura que doliente se desliza,  
¡ay!, agonizarán este momento  
golpeando con las alas la chamiza!...

Tendido tras la cerca del sembrado  
está Chabita en la quietud sombría;  
nadie escucha el gemido desolado  
que lleva al gomer al racha fría...

Rígidos en la grama  
deja caer los brazos; y se agita  
cuando con voces lánguidas exclama:  
—Mi dueño... ¡Tu Chabita!...

Sobre la frente yerta  
la luna enciende su candela mustia,  
y en la boca a sus rayos entreabierto  
llorosa imprime un ósculo de angustia...

.....  
.....

## RECUERDOS

† EGFEMIA PALACIOS BRAVO

I

En un campo de rocas y maleza,  
me presagió su trágica agonía:  
—Me codicia la tumba, repetía,  
¡y es tristeza de tumba mi tristeza!

Dudé ¡pobre de mí! de la fiereza  
de la muerte; que, incauto, no creía  
en tanta noche al sonreír el día  
ni que tenga hambre de un querub la huesa...

Y ella siguió penando en su desvelo:  
sus mejillas, cual losas funerarias,  
sólo ofrecían lividez y hielo.

Llorosos, en las tardes solitarias,  
eran sus grandes ojos dos plegarias,  
que demandaban compasión al Cielo...

## II

Herida al golpe de mortal saeta,  
con extraño temblor, vino a mi lado,  
cual gorrión que, al sentirse lacerado,  
busca en los montes del peñón la grieta...

"Hermano mío, no sé qué me inquieta,  
—tornó a decir mirando hacia el poblado,—  
¡me aterra el cementerio arrinconado  
entre las quiebras de esta loma escueta!...

"Aunque levanto mi clamor sencillo  
al Dios tan bueno que a tus manos baja,  
de ardientes ceras me estremera el brillo,

tiemblo al verme con fúnebre mortaja  
tendida al fondo de una negra caja  
el golpe oyendo de fatal martillo!..."

## III

No oyó el Cielo sus llantos y querellas  
ni de mis ansias el clamor ferviente;  
¡en vano yo buscaba, tristemente,  
del compasivo amor las dulces huellas!

Muertas del sol las últimas centellas,  
al levantar con mi oración la frente,  
¡otro valle de lágrimas doliente  
vi en el cielo con lágrimas de estrellas!...

Dios se escondió de mi piedad al culto  
para dejarme en fúnebre ribera  
cautivo en zarzas de arenal inculto.

¡Quiso El, en justo enojo, que yo fuera  
como cadáver que el dolor sintiera  
de quedarse en las sendas insepulto!...

## IV

¡Sombria tarde!... El cielo derramaba  
tenué lluvia en los campos adormidos,  
como si despidiese con gemidos  
a la hermana del alma que yo amaba...

Ella, cabe una cruz, agonizaba  
flechando mis entrañas con quejidos;  
vuelos a mí los brazos extendidos,  
¡un imposible amparo demandaba!

Y entre las luchas del dolor que insiste  
en descargar sobre ella el brazo fuerte  
y ella que a ser segada en flor resiste,

oprimiendo la cruz al labio inerte,  
en la tiniebla helada de la muerte  
se hundió mi estrella tembladora y triste...!

## V

¡Reinó el dolor!... Del cielo oscuro y denso,  
sobre las cordilleras enlutadas,  
iban cayendo sombras desflocadas  
cual fronda funeral de sauce inmenso...

Allí, llenaban el escalío extenso  
llantos de campesinas desgredadas;  
aquí, clamores, quejas desoladas  
¡y de mi madre el alarido intenso!...

Ella, impasible a los clamores vanos,  
bañada en luz de hachones desvaidos,  
estrechaba una cruz entre las manos...

Brilló el sol... Y, a pesar de mis gemidos,  
puesta entre dos maderos retorcidos,  
¡en hombros la llevaron los aldeanos!...

## VI

Nadie lloró por ella en la indolente  
aldea. ¡No hubo una alma compasiva!  
Su ataúd fué crujiendo calle arriba  
ante la calma de insensible gente...

Para ella el templo no se abrió doliente  
donde rezaba cuando estuvo viva;  
ni la alumbró el blandón de llama esquiua  
que, cada tarde, iluminó su frente.

Para mi hondo dolor no hubo cauterio...  
Mi propia mano con piedad fraterna  
la entregó de la tumba al cautiverio...

Y al darle, a gritos, despedida eterna,  
¡sólo quedó guardando esa caverna  
el salvaje pencial del cementerio!...

## VII

¡Pobre hermana!... Sus labios entreabiertos,  
como en perennes ansias de agonía,  
tal vez me están llamando todavía  
¡y nada escuchan mis oídos yertos!

En su torno al mirar muros desiertos,  
cuando la noche cae sobre el día,  
reclamará mi amante compañía  
¡tal vez con miedo de los otros muertos!...

Y hasta hoy, benigno el Cielo ¡no me llama!  
Amenazado de seguir viviendo,  
¡qué lejos miro ese panteón de grama!

Viendo mis ruinas, mis escombros viendo,  
desertor de la tumba, estoy corriendo  
sin escuchar la voz que me reclama...

## VIII

Bañado en llanto está mi hogar ¡qué frío!...  
Ya ella no vaga con la faz llorosa  
junto a mí, preguntándome amorosa  
si hiere algún dolor al pecho mío...

Mi dulce hogar es un hogar sombrío...  
rendido al peso de funérea losa,  
hallo su nombre escrito en cada cosa  
y siento la ansiedad de su vacío!...

Hasta del templo la quietud me espanta  
cuando encontrarla en sus rincones quiero:  
allí no se oye resbalar su planta,

ha quedado sin rosas su florero,  
el ángel del altar sin compañero,  
¡huérfana de sus labios la Hostia Santa!...

## IX

En mis campos me apena, hora tras hora,  
la sangre de su boca que rutila  
en el rosal; el agua que intranquila  
va fingiendo su risa bullidora.

Remedos de su amor veo en la aurora  
que en los sepulcros lágrimas destila...  
Me recuerda el fulgor de su pupila  
cada lucero que en las tardes llora.

Su tristeza y candor, con loco anhelo,  
miro en las melodiosas golondrinas  
que andan vestidas de inocencia y duelo...

Y me amargan las ásperas colinas  
donde eran en sus hombros las neblinas  
mantos nupciales que le enviara el Cielo...

Como botón del que jamás arranca  
mano impía las niveas envolturas,  
así vivió, cual flor de las alturas,  
perfumando el cantil de una barranca...

Néctar que embriaga en la corola franca,  
a la avecilla hambrienta de dulzuras,  
tal era su alma en las entrañas puras:  
¡gota de miel en azucena blanca!

Y el buen Jesús, el de la entraña rota,  
para quien en aquestos arbolados  
hiel de Getsemaní jamás se agota,

por endulzar los labios amargados,  
vino a un rincón de los andinos prados,  
y, con ansia de amor, libó esa gota...

1919.

## FRENTE AL CHIMBORAZO

Arrugado de abismos el Gigante,  
al linde azul su corpulencia arrima.  
Escueto... Blanco... Instante por instante,  
la soledad se le congela encima...

En vano, entre celajes, arrogante,  
a los espacios rendición intima:  
la ira de los espacios, incesante,  
se estrella contra el hielo de su cima...

Sobre él no hay germen que florezca y bulla,  
ni el gozo canta, ni el amor arrulla:  
es de lo inmenso el tedio y la tristeza...

Y parece que, hastiado de si mismo,  
aguardando piedad de un cataclismo,  
llora la maldición de su grandeza...

## EL ABISMO

Codiciando la gloria de la cumbre,  
maldice su vivir siempre sombrío...  
Y ve pasar estío tras estío  
sin que en los cielos compasión vislumbre...

Imagen fiel de eterna pesadumbre,  
con las fauces abiertas al vacío  
se queja al sol de oscuridad y frío,  
¡y el sol se va sin darle ardor ni lumbre!...

En sus antros ululan vendavales,  
las tinieblas descuelgan sus cendales,  
el fango tiende sórdidas alfombras...

Hondura negra donde el sol se trunca,  
sólo es igual a un corazón en sombras  
donde no brilla una esperanza nunca...

## EL SAUCE

Es el desmayo de un dolor que llora  
en beso eterno con la madre tierra...  
Siempre de hinojos, es el árbol que ora  
por todas las tristezas de la sierra...

Sobre el agua del río bullidora  
o la laguna que el celaje encierra,  
meciendo nidos, pasa hora tras hora,  
mientras el viento con arrullos yerra...

Árbol en penas... Compasión en llanto!...  
Allá, en la paz de agreste camposanto  
que en un rincón de soledad se pierde,

su fronda, que en cendales se derrama,  
es la techumbre de una choza verde  
que aduerme al indio en su postrera cama...



## EL RIO

Fugaz y eterno... Pasa, noche y día,  
y su pasar cada momento empieza...  
Fugaz y eterno... ¡Quién jamás diría  
lo que es un río en su trivial llaneza!...

Ansiedad que no sabe lo que ansia,  
al mismo tiempo que maldice, reza...  
Ya es himno retumbante de alegría;  
ya gemido insistente de tristeza...

Moribundo de misero destino,  
ese lecho de eterno agonizante,  
en vez de sepultura, es su camino...

Y allá en la mar inmensurable y brava  
es suicida que cae cada instante,  
pero que nunca de caer acaba!...

## EL CONDOR

Dios, al crearle majestuoso y fiero,  
rey de la nieve y del volcán que brama,  
para sus alas laminó el acero,  
para sus ojos comprimió la llama...

Soberano, verdugo, aventurero,  
no bien la aurora su carmin inflama,  
ya sobre la llanura o el otero,  
de un recental las visceras derrama...

De tarde, tras el duelo del aprisco,  
como un montón de sombras sobre el risco,  
en el candor del recental medita...

Y mientras un vellón ensangrentado  
en el Poniente el arrebol imita,  
siente el dolor sombrío del malvado...

## LA ELEGIA DEL PICHINCHA

Sólo para ludibrio de las cumbres  
te yergues todavía,  
viejo volcán. Heladas las arterias  
de granito, en la viscera sombría,  
ya tus despojos sumas  
a las grandes miserias  
que en la tierra lloramos cada día...  
El fúnebre tumulto de las brumas  
que enlutan la crispada serranía,  
esa angustia solemne de tu mole  
aquejada de frío entre el celaje  
al alma traen la ansiedad bravia  
de un poema salvaje...  
Y cantaré mi bárbara elegía,  
viejo volcán. Ante el hostil silencio  
de la penumbra que se alarga y sube  
venciendo al sol, que en los confines arde,  
te cantaré mi bárbara elegía,  
mientras bajo los pliegues de la nube  
vaya quedando en oración la tarde.

\*  
\* \*

Dios te mató.

La llama primitiva  
que ondeaba sobre la haz de los abismos,  
cual sierpe fugitiva,  
asilóse en tu seno cuando el mundo  
de entre los primordiales cataclismos  
brotaba al sol como una esfera viva.  
¡Se asiló en ti la llama! Desde entonces,  
de cara hacia la altura,  
con trompa más sonora que los bronce,  
te quedaste cantando el poderío  
de ese Dios, que, por mera travesura,  
empolvó con estrellas el vacío...

Arrogante en las niveas soledades,  
atizando el incendio de tus piras,  
has mirado el vaivén de las edades;  
y cada edad, absorta, ha contemplado  
la terrible hermosura de tus iras  
y el hervor de tus locas ansiedades.  
Tranquilo a veces, otras iracundo,  
soberbio siempre, tu vivir ha sido  
como todos los dramas  
que acaban en el mundo  
con la final escena del olvido...

Cuando al surgir con virginal decoro  
la aurora desde el cielo suspendía  
sobre tu frente sus sortijas de oro,  
menguabas al ardor de tu fiereza;  
y empañando la rubia lejanía,  
denso vaho tu cráter exhalaba,  
y era tu boca cual la boca brava  
de insomne monstruo que ante el sol bosteza,  
y sordo gruñe saludando al día  
que abrillanta el airón de su cabeza.

En tardes de ventura  
para el tormento de tu vida, sobre  
regio respaldo de bruñido cobre  
te destacabas cual león rendido,  
mirando en paz los lindes de la altura.  
Entre el tumulto de rizadas nubes  
roja tu lengua hasta el cenit subía  
del azul desvaído  
y temblorosa en el confín lamia  
el pie de Dios entre la niebla hundido...

Como una ansia de guerra,  
la llama se sacude en tus entrañas,  
y te enfureces. Crispas los incendios  
en la cerviz, y anuncias a la tierra  
el horror de tus trágicas hazañas.  
La boca criminal abierta al grito,  
en actitud bravia,  
lanza desde los antros de granito  
borbotones de cálidas tinieblas  
que pesadas se esparcen  
velando el sol en la mitad del día.  
Como hachón funeral, a lo infinito,  
desgarrando las sombras,  
una morada lengua se abalanza  
y en los espacios se retuerce y flota.  
Tu venganza es del Cielo la venganza.  
A la altura disparas los peñascos,  
y de candentes guijas  
sonora tempestad al mundo azota.  
Humeante lodazal desde la cumbre  
vacías en los abismos,  
y los abismos rebosantes vierten  
el légamo infernal en las llanuras  
donde, embistiendo el farallón, se eriza,  
y asolando poblados y espesuras,  
como una mar de plomo, se desliza.

Convulsas de terror las muchedumbres,  
sin tino, abiertas al clamor las bocas,  
respirando nublados de ceniza,  
corren sin rumbo; del alud de plomo  
ansian que otro monte las preserve,  
se empinan a las rocas  
¡y el mar de plomo a sus espaldas hierve!...  
Tiembla la tierra, las montañas crujen,  
los riscos se desgalgan;  
el cielo atormentado  
a tus iras responde con sus iras,  
los relámpagos rugen  
sin cesar y trementes  
se deshilan del combo desgarrado,  
simulando en la sombra  
flocaduras de lividas serpientes...  
Ni sol, ni paz. Las horas  
se multiplican y la noche impera;  
el huracán arrastra su mugido  
¡y el cataclismo no termina! Hoguera  
tras hoguera levantas a lo arcano;  
convulso y denegrido  
jadeas, bufas, sin reposo bramas,  
hasta que viene Dios... Compadecido,  
asienta la blandura de su mano  
sobre tu crin de llamas...  
Tú le conoces... Te sosiegas... Luego,  
lanzando de cansancio un resoplido,  
tiendes la crin de fuego,  
y te quedas dormido...

\*  
\* \*

Sólo yo no maldigo tu memoria,  
viejo volcán. Si asedias  
al mundo con tus iras,  
ignoro donde tu inocencia acabe.

Tal vez, fueron idilios tus tragedias,  
¡y sólo Dios lo sabe!...  
Fuiste incendio, clamor, venganza, ruego,  
claridad y tiniebla,  
inocencia y castigo.  
Pichincha, como tú, negrura y fuego,  
es todo corazón... ¡No te maldigo!...

¡Cuánta vida apagada en tus entrañas!  
Los antros donde hervía  
la hoguera de tus lúgubres hazañas  
el minuto ha trocado  
en guarida de sombras y vestiglos  
donde todo ha callado...  
¡Oh de los montes vanidad! ¡Cuán breve  
has acabado de vivir tus siglos!...  
Envuelto en una sábana de nieve,  
en mutismo profundo,  
Pichincha, eres un muerto abandonado  
en la mitad del mundo...

Entre lienzos que flotan fugitivos,  
cada tarde, en ringlera,  
lloran tu muerte los volcanes vivos...  
Mientras lucen los fúnebres blandones  
dispersos en la inmensa cordillera,  
raudas, desde los ámbitos lejanos,  
te traen las bandadas de ciclones  
el réquiem funeral de tus hermanos...  
Dios te mató. Como el cachorro muerto  
por el bíblico atleta en la llanura,  
tendido entre las guijas del desierto,  
guardaba oculto en la garganta oscura  
bullente enjambre, a su fiereza insulto;  
así has quedado tú, monstruo sin grito,  
sin ansias, sin furor; monstruo insepulto.  
Cuando la noche el horizonte envuelve,  
en tus fauces abiertas

a la hosca soledad del infinito  
silban los torbellinos pasajeros,  
y revuela temblando  
una blanca colmena de luceros...

Descansa en paz, viejo volcán. La boca  
que al crearte inflamara tus abismos  
te ha redimido del fatal tormento  
de sentirte con alma, siendo roca...  
Encadenado en la mitad del orbe,  
maldiciendo los siglos de tu vida  
al tenaz borbollón de tus bramidos,  
apedreabas al cielo con venganza  
o pretendías desgarrar tus antros  
con la locura de inmortal suicida  
que nunca el fin de su ansiedad alcanza...  
La compasión del Cielo  
te mató. Mientras se desplome el mundo  
y te despierte la virtud divina  
para el horror de la final matanza,  
envuelto en tu sudario de neblina,  
descansa en paz, viejo volcán... descansa!...

## DELIRIO

En la muerte de doña Ana Bravo de Palacios, mi madre.

Expiró... desde el cielo, suavemente  
cayó en el rostro un resplandor divino.  
Y quedó hermosa, blanca, sonriente,  
como un ángel dormido en el camino...

Cirios... Crespones. Luego...  
Luego... ¡la Caja!... del fatal sosiego.  
Negra como un abismo.  
Honda como un abismo.  
Ligera, como una ánfora delgada;  
pequeña, como un punto, como un hito,  
pero inmensa y glacial como la nada...  
Barca negra con proa a lo infinito,  
hecha para bogar buscando puerto,  
en un lago desierto  
con cielos de granito...

El misterio tendió su ala sombría  
sobre la alcoba oscura.  
Un acento de lánguida armonía  
como de viento insomne en la pradera;

una voz tenue y baja  
escuché que decía:  
—Dime por fin si otro dolor me espera...  
—Madre mía... ¡La caja!...

Y crujieron sus huesos... Se crisparon  
sus manos en espasmo de tormento,  
al horror de partir...  
Sus labios fríos nuevamente hablaron:  
—Aléjala al momento!  
mi corazón no acaba de morir!...

Un monstruo extraño, de ojos encendidos,  
en mis sienas hincó garras de acero:  
era el dolor cambiado en Frenesi...  
Y aunque mi alma estallaba en alaridos,  
y aunque era mi ansia sepultarla en mí,  
ese monstruo fatídico y severo,  
—el Dolor transformado en Frenesi—  
me obligaba a decirle despiadado:  
—Madre... ¡Fuera de aquí!...

—¿Fuera de aquí?... ¡Locura lastimera!  
¡Si tu amor comprendiera  
que, porque tú eres de mi vida el centro,  
aunque muera por fuera,  
estoy viva por dentro!...

Las tinieblas doblaron su negrura.  
Volvióse más sañudo el Imposible...  
Y, otra vez, al puñal de mi tortura,  
—¡porque la Vida lo exigía así!—  
cual verdugo inflexible,  
clamé: ¡Fuera de aquí!...

—¿Cómo olvidas mi amor en tu delirio?  
—No, es él la eternidad de mi martirio!  
—Si tu piedad quisiera...

—¿Qué puedo ahora?... ¡Quién me diera huír!...  
—Guárdame, al fondo de un rincón cualquiera,  
mientras mi amor acabe de morir...

¿Y quién detiene la fatal partida?  
¿Quién no se hunde del polvo en la quietud?  
Por leyes de la vida,  
por leyes de la muerte,  
el dolor tiene al fin su plenitud...

Brilló en sus ojos mustia claridad;  
dos lágrimas cayeron  
sobre su pecho inerte;  
luego clamó con trágica ansiedad:  
—¡Qué horrenda del dolor la plenitud!...  
Mas, hijo de mi amor, por complacerte,  
¡que venga el ataúd!...

Después de todo, como un haz de luz,  
con los brazos abiertos  
en promesa de paz, llegó la Cruz...

1937.

## LEON SAGRADO

Ante el sepulcro del gran poeta  
REMIGIO CRESPO TORAL.

(Y he aquí en la boca del león  
muerto un panal de miel.—

Jud. XIII. 8.)

Erguido en la llanura polvorienta,  
fué el primero en la estirpe de leones.  
Juntos rugieron él y la tormenta,  
al silbar en sus crines los ciclones.

Nunca en la lidia le humilló la afrenta;  
y después de la lucha, en los peñones,  
su melena flameaba tremulenta,  
como en el triunfo ondean los pendones.

Y cayó al fin... Mas, en el frío Imperio,  
como el león del bíblico misterio,  
de cuyas fauces néctares vertía,

inmóvil yace, cual tallado en roca,  
con el panal de eterna poesía  
en la gruta sagrada de su boca...

## LA TORTOLA

Timida y dulce, del poeta hermana,  
entre las aves compasiva y buena,  
cual si entendiera la piedad cristiana,  
llora, cual suya, la tristeza ajena...

Tal como sabe la dolencia humana  
en trenos convertir la propia pena,  
canta en el saucedal o la sabana  
como una flauta de amarguras llena...

Mística y santa, reza con la aurora;  
al medio día, por los nidos ora...  
Y al desmayarse el sol en el poniente,

con el són de plegarias de agonía,  
sus arrullos repite lentamente  
como ayudando a bien morir al día...

## EL VIENTO

Monstruo errante que todo lo atropella...  
Si la ira sus entrañas acuchilla,  
al roble, que sin émulos descuella,  
le arrastra del cabello por la arcilla...

Los mismos montes con sus puños mella;  
y, de enojo y pujanza maravilla,  
toma al mar en sus brazos y lo estrella  
contra los pedernales de la orilla...

La urbe a los cielos con furor avienta;  
abrazado a la llama, es la tormenta  
que hunde en ceniza el bosquedal florido...

Mas, de tarde, ante el cielo funerario,  
canta como un poeta convertido,  
mientras besa la cruz del campanario...

## VISION ROMANTICA

Flácidas garzas, despidiendo al día,  
vuelan remisas; mientras en la altura  
la luna llena esparce la elegía  
de su tristeza luminosa y pura...

En primor de romántica armonía,  
luna y garzas hermanan su blancura  
y forman una inmensa poesía  
de alas y luz, sobre la fronda oscura...

Vuelan... vuelan las garzas soñolientas:  
vuelan mohinas, desmayadas, lentas,  
hasta que en el bosque y la colina,

lánguidas, van cayendo de una en una,  
cual si fueran pañuelos de neblina  
empapados en llanto de la luna...

## EL POETA

Mustio pasa por cúspides o llanos  
como hombre de dolor y vilipendio...  
¡Pues no saben los miseros humanos  
que es él de Dios el más cabal compendio!...

A su voz surgen mundos soberanos;  
prodiga lumbre sin su propio impendio;  
el orbe —como Dios— lleva en las manos  
y le abrasa de su alma en el incendio...

Todo en él se transforma en armonía:  
lo que ama, lo que sueña, lo que ansía...  
y hasta el dolor que sus entrañas quema...

Y cuando ya la Noche se levanta,  
de la muerte hace el último poema  
con que su idilio con la Gloria cantá...



## LAS LUCIERNAGAS

Al sol se muestran como humildes pajas;  
ciego en la luz su diamantino broche,  
como muertas, en ciénagas y lajas  
la sombra esperan, sin lanzar reproche.

De pronto se iluminan sus mortajas...  
Y mientras hacen de su luz derroche,  
son estrellas en gotas, son migajas  
de luna sobre el manto de la noche...

Y cómo vuelan ebrias de alegría,  
al ver que en torno suyo con sus cirios,  
pueden crear, en miniatura, el día...

¡Luciérnagas! felices criaturas,  
es del alma el peor de los martirios  
ser toda luces y vivir a oscuras...

## GOLONDRINAS

Rayando el cristal del cielo,  
lucen al sol vespertino  
sus mantos de terciopelo  
y sus túnicas de lino.

Sombra y luz... Júbilo y duelo...  
en ellas junta el destino  
las alegrías del vuelo  
y la tristeza del trino...

Misteriosas criaturas,  
con esas alas oscuras  
y el pecho lampo de estrellas,

cual copian la imagen mía,  
que también soy, igual que ellas,  
¡mitad noche y mitad día!...

## LA SERPIENTE

Desde el rincón de su guarida oscura  
se lanza contra incautos invasores,  
cual flecha que dispara la espesura  
en guarda de sus guindas y sus flores.

En vano, desdichada criatura,  
sobre ella el sol derrocha sus colores:  
todos odian su trágica hermosura  
y maldicen sus tintes seductores...

Porque, según el sino de su vida,  
lleva la lengua de ponzoña henchida,  
nadie pronuncia sin horror su nombre...

Sin embargo, si viéramos con calma,  
no existe en ella la maldad del hombre  
que lleva henchida de veneno el alma...

## EL MUSGO

Blando, sutil, radiante, peregrino,  
y, a la vez, tan humilde y abnegado,  
que vive en cualquier piedra del camino  
o en las grietas de un leño abandonado...

El peñón que maldice su destino  
de erguirse ante los cielos desolado,  
si él le presta su verde vellocino,  
se muestra en esmeralda transformado...

Y musgo hay en las cruces, en los techos,  
en los sepulcros nuevos o deshechos...  
y hasta en la cuna sin igual del nido...

Para adorar su amor —así lo juzgo—  
Dios ha de darme, cuando ya transido,  
en sus Jardines un rincón de musgo...

## CREPUSCULO

Bloques de ámbar macizo con manchones  
de sangre viva asoman fulgurantes  
junto al sol, que desciende, entre festones  
de oro, sobre las cúspides gigantes...

Y en el Oriente, cándidos jirones  
de plata ornan los cielos rutilantes,  
donde la luna vacía, entre crespones,  
su cascada de pálidos diamantes.

Los dos astros se miran frente a frente...  
La luna se estremece temblorosa,  
mientras el sol que esos temblores siente,

rojo como una llaga, oculta luego  
tras de la cordillera misteriosa  
su ensangrentada castidad de fuego...

## FRIO

Tenue llovizna de cristal y hielo  
cae incesante. El viento sopla espinas  
de nieve, mientras pasan por el cielo  
remendadas de sombra las neblinas.

No hay en los aires ni un rumor ni un vuelo;  
se esconden sin trinar las golondrinas;  
los rebaños, tumbados sobre el suelo,  
tiemblan en la planicie y las colinas.

La tarde, por momentos, se va helando;  
entelerido el bosque se estremece,  
los árboles se abrazan tiritando...

Y, allá, del cielo en un rincón sombrío,  
curvada entre las nieblas, aparece  
la luna nueva en contorsión de frío...

## EL CAMINO

Todos pueden hollarle sin recelo:  
el justo, el criminal, el foragido...  
Es la bondad tendida sobre el suelo...  
Es la humildad sin voz para el gemido.

Va por la tierra con el santo anhelo  
de hacer que el hombre viva al hombre unido,  
de que todos se estrechen bajo el cielo,  
que es como el ala azul de un solo nido...

En el valle, en la cúspide aterida  
la tempestad le enloda, el sol le quema...  
¡y él sigue siendo el cauce de la vida!...

Con razón el eterno Peregrino,  
—Jesús, el Santo— le cantó un poema  
cuando dijo que El mismo era el camino...

## LA LUNA

Es el astro de paz y mansedumbre;  
con la noche transige su blancura,  
y un concierto de sombras y de lumbre  
en los espacios, lánguido, fulgura...

Como reina acaricia toda cumbre;  
borda puntos de luz en la espesura;  
y consuela del mar la pesadumbre  
retratando en cada onda su hermosura...

Piedad enseña a vírgenes y ascetas,  
y es, por encantadora y pudibunda,  
la mimada de Dios y los poetas...

Al triste arropa de su manto el velo,  
y ella misma, entre gasas, gemebunda,  
es la tristeza en el altar del cielo...

## ALEJATE DE MI

Aléjate de mí, celestial Poesía.

Quiero sombras y paz... No te ofenda mi ruego:  
suspirar por la noche no es renegar del día.

¡Aléjate de mí!... Dame sombra y sosiego.

Y si quieres que adore, sin martirios, tu encanto,  
apaga en mis entrañas esta ansiedad de canto...

Libre, así, del divino dolor de ser poeta,  
quisiera hundirme en cielos de inmensidad escueta;  
de la nada llegar a los confines mismos  
y escuchar el silencio de esos vastos abismos...

¡Soledad y silencio! Cese ya la tortura  
de este vivir tan hondo, que es honda desventura.

¿No es el poeta cirio que, con su propia llama,  
se devora a sí mismo, mientras la luz derrama?...

Si hechizan sus cantares, ¡pocos saben que en ellos  
él nos da su propia alma transformada en destellos!  
Si un amor le embelesa, si un astro le extasia,  
el alma se le va... cambiada en armonía.

No es cierto que el poeta pulsa laúd o lira  
porque un numen amigo desde el cielo le inspira,  
sino que él, cuando canta festivo o gemebundo,  
es cítara pulsada por el alma del mundo...

Vibrar eternamente, es ese su tormento.

¡Vibrar eternamente como el ala del viento!...

No hay dolor que no hiera sus fibras misteriosas:  
el dolor de las almas, el dolor de las cosas...

Sólo para él la dicha —por pequeña— no existe:  
como una luz escasa, la alegría le es triste...

Si no hay para sus ansias ni plenitud ni meta,  
¿cómo llaman ventura los sueños del poeta?...

¡No comprenden que un alma de eterno ansiar transida  
más es dolor sin límite que principio de vida!...

Esto de andar curvado con lo infinito a cuestas,  
ahondando misterios, sin escuchar respuestas...

Este sentirse henchido de Dios y el universo,  
y desahogarse apenas en el trino de un verso...

Este beberse espacios en alas del poema,  
para no tocar nunca la cúspide suprema...

es ser un dios que encuentra su paraíso yermo  
y vive de su propia divinidad enfermo...

¿Y la gloria?... La gloria, cuando grande, eterniza;  
cuando fugaz y tenue, sólo es flor de ceniza...

¡Cuán raro es el poeta que de antaño ha vivido  
sin que hasta hoy le amortajen telarañas de olvido!...

Aléjate de mí, radiante Poesía.

Menos luz y más sombra mi invalidez ansia.

Para ojos doloridos la claridad es mala...

La luz es siempre un rayo... La sombra es siempre un ala...